

lugar todas las pelear, existo yo, cosa cerrada, secreta, pero animada por el más amplio espectáculo: mi propia existencia; en donde fermenta todo un mundo posible. ¡Cómo se juntan esos dos terbellinos, y sobre todo, cómo expresar esa efusión de dos ríos, fusión evidente y palpable, aun con aynda de gente y gestos!

Aunque fuera empujado por dos sólidos marineros, y la partida de un barco de velas negras agitara el canal, su reflexión se hizo más sutil.

—Algunas veces estoy alegre y asisto a la alegría. Las impresiones se superponen. Pero si estoy apenado y asisto a la alegría hay penetración de las corrientes y batalla... Y luego es una onda de melancelía. Y este estado, como la soledad, nos hace aptos para concebirlo todo, porque mezcla los dos lenguajes de la alegría y la tristeza, con los cuales el hombre está sujeto.

Llegaba al estado febril del espíritu. El sueño razonador se eclipsó. Lo real le invadió con fuerza y mientras las campanas sonaban a todo vuelo, mientras la multitud se hacía más compacta, y se formaba al aire libre una especie de mercado al rededor del cual charlaban las comadres, mientras las finas arboladuras paseaban sus sombras vacilantes sobre las legumbres rojas y las flores de oro, notó un grupo de niños y niñas de caras resueltas y avispadas, a quienes uno más viejo contaba una historia en mal alemán:

—Entonces el cisne cogió con su pico al maldito español y lo sacudía, lo sacudía. Después lentamente se lo comió. Y al día siguiente tuvo un cólico."

Sus compañeros se reían. Willam se acercó. Los niños le excitaban como poemas de estrofas perpetuamente compactas y nuevas. Sus imaginaciones concordaban con la de él, inmediatas y flexibles y sin esos fatigosos intermediarios que en ellos depositan los años.

Se dirigió al que narraba la historia:

—Qué cosa es esa que estás contando?

El niño le miró malévolamente.

—De dónde eres tú?

—Soy inglés.

—Me alegro. Los ingleses son amigos nuestros.

—Hay espías en todas partes.

—Qué clase es ese?

—Un animal menos preguntón que tú.

Esta respuesta despertó una hilaridad general. Pero William, terco, prosiguió.

—Haces mal en hablarme así. Eso no es hospitalario. Adoro la Holanda.

—Entonces dí: Mueran los Españoles!

—Mueran los españoles!

—Muera Farnesio!

—Muera Farnesio! Pero vaya un juego!

—No es un juego. Es un ejercicio. Cuando los matemos, sabremos qué contarles.

—Tienes mucha gana de matar!

—Mis camaradas y yo, mientras quede uno de esos malditos en los Países Bajos, agarraremos nuestros puñales. Y las niñas cuidarán a los heridos. ¡No es así, niñas?

—Sí! sí! sí!

—Sabes que han asesinado al *Taciturno*?

—Lo sé.

—Pues bien, mira estas manos. No se contentarán más que cuando se hallen rojas de sangre española.

El hombrecito hablaba en voz clara, con la seguridad de un capitán, y su tropa parlanchina se había quedado muy grave.

—Qué edad tienes?

—La de vengar a nuestros padres, la de marchar tras de los pífanos. Doce años.

E hizo el gesto de tocar una música guerrera.

—Cómo te llamas?

—Lucas.

Y todos pensáis como él?

—Todos, todos.

Y los niños, cejidos de las manos, bailaron una ronda alrededor de Shakespeare. Y cantaron:

El inglés ayudará
A matarlos con metralla
El inglés ayudará
A arrojar á esa canalla.

Cantada la copla, huyeron entre saltos y risas.

Shakespeare volvió á ponerse en marcha. Se le ocurrió esta idea: que los niños forman en el seno de los pueblos un vasto pueblo en donde pueden leerse los acontecimientos futuros. Los espectáculos que caen en sus corazones frenéticos serán los granos fecundos de sus actos. Esos pequeños holandeses, llenos de asco y odio, libertarían su país. Quizás morirían, porque la tarea era demasiado fuerte. Porque el deber que inspira la venganza no basta. Se necesitan, además, músculos. Ese gran árbol exige una savia abundante. Las pasiones de la juventud son tan venenosas que arruinan el cuerpo por exceso de imágenes.

El poeta soñó una asociación de niños enérgicos, preparando de larga mano una hazafia libertadora ó la venganza de padres asesinados. Con la edad, su poder declinaría y en el momento de realizar el acto, no tendrían ya la voluntad. De ahí, concibió un solo ser cargado de tal fardo, expirando bajo el peso, arrastrando ante los espectadores una alma agotada. Los sobresaltos y traqueteos de esa alma de prueba, representarían un compendio de nuestros deseos sin éxito, de nuestros destinos en callejón sin salida, de nuestras veleidades ruinosas, penosos despojos que la debilidad arrastra. Pero de pronto se desvaneció su fantasía: en el codo del canal, en plena luz, *El Tritón*, limpio y coqueto, brillaba al lado del navío inglés. Sobre el puente, cubierto de mercancías, se agitaban Cock, Dobby y Tom, mientras Blackhaff discutía con un comerciante grueso. Esta vista hizo vibrar al joven.

—Hé ahí mi casa flotante. Se irá mañana. Y pronto no será ya *El Tritón*, sino un navío sin nombre, llevándose á orillas ignoradas muchos destinos apretados los unos contra los otros. Mi delirio va á deformar ese monstruo de vigas y velas, esas buenas gentes y el asqueroso Fred. Pueda ya un día, embarcar ahí á mi Stella á quien por poco poseo en la proa del navío. Adios, exquisitos trozos de pescado, carne sazonada de perejil,

camarote cálido donde vivió Plutarco. En mi recuerdo, iluminado por un hilo de luz ardiente, se amontona y se asienta todo eso; algunos se *ankilosan* ó se borran en la sombra. Es una nueva alforje, de donde sacaré, según mi humor, majestades ó miserias, algo de filosofía y alguna pena.

En una callejuela vecina, un vendedor de libros viejos preparaba su tienda. Bestezaba y se estiraba, como si hubiera dormido mal y su fisomía, aun joven, estaba cubierta de cicatrices y costuretes que simulaban arrugas profundas. Shakespeare amaba los libros. Los libros buenos le hacían el efecto de seres abiertos cuya alma corre, de amigos heridos que antes de morir confían su secreto á su amigo, sin descuidar ninguna circunstancia, no insistiendo más que sobre lo esencial, con frases que quedan ardientes en la memoria. Aun á través de los caracteres de imprenta, oía la voz de los autores. La de Plutarco era dulce. Familiar en la exposición de la juventud y de los primeros esfuerzos hacia la gloria, se hacía grave y altanera con los éxitos y las coronas de laurel, obscureciéndose hacia la caída, el declinar, la vergüenza, todas las maneras de salir de un bello sueño. Así habla el destino del héroe: cuchicheo en la infancia, aullido en el apogeo, hoscó cuando resuenan las trompetas de quien le reemplazará. Shakespeare veneraba, de los libros, la impresión grisenta y negra, la cubierta ornada á menudo de una viñeta alegórica, los pliegues y las roturas de la curiosidad, el olor del pergamino y del polvo. En cuanto á los libros malos, á los que son la confesión ó la fantasía pasajera de un autor mediano, no les descuidaba. A menudo, en esas obras de mogollón ó demasiado laboriosas se halla un germen desconocido que quiere el calor de una imaginación para transformarse en planta y en flor embalsamada. La más bella de todas las obras sería quizás formada por la reunión de las palabras interesantes que han dicho aquí y allá escritores ínfimos y que no espera más que su profeta.

Entró en la tienda del librero, y como de costumbre le preguntó:

—¿Qué hay de bueno?

El hombre sacudió su cara llena de costuretes.

—Nada, señor, nada, mi pobre señor. Ya el talento no tiene tiempo de producirse. Ahora no sé escribir más que libelos llenos de injurias, discusiones á la alemana, mezcladas de teología y de humo, *masarons* italianos y obras de geografía.

El poeta, cerca de una pila de volúmenes, miraba títulos raros que, en efecto, no le atraían. Le interesaba más el vendedor.

—Y á qué obedece esa carestía?

—Al estruendo de las armas, señor; á la violencia y á la grosería de las costumbres. He sido soldado, he sido mendigo; ved mis heridas. He caminado entre sangre, he roto cabezas, me he reído ante ahorcados, y embetunado mis botas con grasa humana. Ahora estoy aburrido y me he dedicado á este oficio apacible. Pero el mundo está como yo: fatigado de la guerra. La inteligencia ha disminuido tanto, que ya nadie compra más que imágenes.

—Sin embargo, en Ingiaterra....

—Oh! Inglaterra ama todavía la poesía, pero Francia, España, Alemania y la misma Italia están tan enervadas en sus sucias tareas actuales, que obligan al arte á contarlas.

Una montaña de libros se desplomó.

—No los recojáis, señor, *no vale la pena*. Se quedarán lo que son. Estad tranquilo. Dentro de cinco minutos entrará un fanático acorazado de Biblias y levantará esas maravillas, las limpiará y las besará.

Willian hojeaba un Erasmo. El librero tuvo una sonrisa desengañada.

—Este es nuestro gran hombre. Oiréis su nombre por toda la ciudad. Yo no le leo. Su figura es vulgar, su fantasía es trecha. No hay ahfalmente alguno.

—Creo que denigrais demasiado vuestra época. Lo que parece feo hoy parecerá bello con el traje del tiempo. Un Plutarco ennoblecera la vida de muchas personas que despreciais.

—Plutarco, señor, Plutarco!

Y el hombre se encogió de hombros.

—Es un guardador de grandes capitanes—prosiguió—y de bravucones, un tanto á quien impresionan las vociferaciones y

las emboscadas. Por lo que mi respecta, he visto esas cosas muy de cerca. No es más que infamia y tristeza. Yo paré escapar á ese mundo, me siento en un rincón de mi tienda, y obro al azar un Virgilio.

—Cuái!

—Las *Georgicas*. Es lo que más me agrada de él. Platón también, con sus admirables perfiles de jóvenes y de filósofos que mezclan la amistad al amor. Ah! antes no faltaban descubridores de pensamientos brillantes y cóperos de ensueños. La tierra ha sido un lugar gexoso. Señor, toméis las blasfemias!

Según el giro que se les dé.

—Pues hoy se blasfemia de Dios. Se le discute y los temperamentos diversos le prestan cualidades diferentes que se contrarían. De ahí, los reformadores, las piras, la Inquisición toda era hoguera. Antes los del Norte tenían su Dios y los del Mediodía el suyo. Los vendimias, los bosques, las cosechas, las montañas y las llanuras, tenían los suyos. Había un dios para los tristes y para los hipocondriacos, uno para los alegres y sanos, uno para los viciosos, uno para los virtuosos, y así sucesivamente. Cada uno iba á su capilla y no tenía gana alguna de trastornar la del vecino. Y cuanto más reflexiono en esto, más me convenzo de que la revelación de un dios único ha sido una grande irreparable falta.

Shakespeare no dijo nada. El otro prosiguió:

—Parecís molestad. Sois joven. Os alimentáis de preocupaciones. Para mí las heridas fueron otros tantos ojos que me ayudaron á ver claro. Lo Holanda me da asco, la Europa me disgusta y el siglo me exacerba. Me burlo en redondo de la mayor parte de las cosas que mis contemporáneos respetan y venero las cosas de que ellos se burlan. Esto me crea una especie de isla en donde vivo solitario, pero satisfecho. Si no fuerais extranjero, no os hablaría así. Llega un cliente. Se sienta y me larga una porción de bobadas. Las escucho y las apruebo. Mis orejas prefieren ese ruido al de los mosquitos. Y cuando me quedo solo, leo, leo, leo. Voy con el libro á playas lejanas. Veo acercarse á mí cortesanas vestidas de sus cabellos rubios, sabies que tocan la flauta y jóvenes orgiásticos raxcnadores.

Arrojo furiosamente de allí á los militares. Os reis! Me juzgais paradójico. Os juro que soy sincero. Ah, señor! ¿cuándo os cansareis de admirar el bruto en el hombre y de dar una suerte á los instintos más bajos?

—Supongo—interrumpió Shakespeare—que un artista quiera trabajar, y joven, emprender una obra joven; ¿dónde quereis que halle sus asuntos si le prohibía las violencias?

—En el ensueño, señor. Desde que un solo Dios ha despedido a los otros, voltean por el aire, afortunadamente, bastantes silfos, geniecillos y hadas, para poblarse en las aventuras. Todo el Olimpo flota en el espacio, fantasmas azules, visiones arrolladoras ó radiantes, diablillos llenos de capricho y risas, cupidillos que arrastran carritos dorados y gobiernan nuestras ilusiones, *gnomos* que se interesan tanto en el poe-
tago como en la filosofía, *strigias* terribles á la puesta de los comentarios, bajo la luna. Contadnos, señor, esas biografías y os predigo un porvenir.

El librero se exaltaba. Sus cicatrices se enrojecían y sus narices palpitaban.

—Huid, huid, el suelo de emanaciones apesetadas, el suelo en donde están los gusanos y todos los cadáveres, el suelo en donde se pegan las patas y los pies y en donde se arrastran las vergonzosas babosas. En el aire está la verdadera poesía en las épocas en que lo feo domina.

El joven, al principio desconfiado, sufría ahora la elocuencia del extrañero librero, quien á falta de alas, azotaba el espacio con sus largos brazos. De todos esos libros amontonados en el reducto sórdido y polvoriento, salía el confuso murmullo de un océano de historias cuchicheadas, y esas emanaciones literarias constituían una atmósfera embrigadora. Algún tripode invisible parecía agitar al librero cuyo entusiasmo era febril.

—Pensad en las flores, señor; pensad en los pájaros, confíaos á las fuentes. Escuchad la claridad de la luna, escuchad sobre todo, los sueños, los maravillosos sueños. El orgulloso ve huir penachos de llamas, crines erizadas de caballos ó trompetas de oro y caronas. El supersticioso distingue ahí cifras y presagios, perfiles semejantes al suyo y que mueven sistemén-

te la cabeza. Para el injurioso, son partes del cuerpo tan puro de la mujer, las más tentadoras, las más secretas, abrazos, curvas. Para el mendigo, son fuentes, ducados, trozos de carne, abrigo con una buena chimenea encendida. Las hijas de esas nubes son las hadas, de las cuales el gran poeta será Plutarco. Cómo nacieron de las diosas antiguas, abandonadas en las playas de la Grecia y de la Italia; cómo, abandonadas por los hombres, sin tributos y sin sacrificios, se volvieron á los follajes, las aguas vivas, las piedras preciosas, y los animales se abrieron seguras moradas bajo la corteza del olmo, el ribazo del lago, en el seno de la esmeralda, en el vellón de la oveja.... ¡Ah! si yo tuviera el misterioso poder, si yo supiera verter en el líquido de un lenguaje cadencioso la perla de mi reflexión y vería fundirse, celebrarías esas maravillas. Encantarías las orejas de los hombres y quizás les haría mejores.

El orador se detuvo, agotado por un discurso tan largo. Pero como una javalina clavada, vibraba todavía y desgarraba á Shakespeare, con sus dos ojos grises, iluminados de luces que parecían danzar. William había ya hecho suyas estas teorías. A medida que el librero hablaba, simplificaba sus deseos y sus imágenes, y su sinceridad le convertía. Y se entretenía suponiendo ese fuego al servicio de otra pasión, y conjeturando las modificaciones que resultaría en el lenguaje, la actitud y la fisonomía. Cuando hubo terminado y el entusiasmo llegó á su agotamiento, creyó reanimarlo.

—Admito esa apoteosis mágica. Pero convenid conmigo en que lo real tiene derechos dominadores. Estoy seguro de que durante todo el mes pasado no habeis podido pensar más que en el homicidio de Guillermo el Taciturno.

—No me habéis de esa horrible aventura.

Los ojos del librero se humedecieron.

—Eso—continuó—es lo que me ha hecho misántropo. He visto lo mal comprendida que es en la tierra la grandeza de alma. He sentido la inutilidad de todo noble esfuerzo y de toda generosidad. Ah! qué hombre era ese, joven! Qué santidad!

—¿Por qué le llamaban el Taciturno?

—Porque era poeta y estaba sujeto á la melancolía. Si em-

pre atenazado entre su deber y su ensueño, sacrificaba á su raza la flor de su raza. Ahora comienza el olvido... y no hace más que un mes! Los que vienen á mi tienda hablan de otra cosa. No están ya obsesionados. ¿Os vais?

—El hambre me atormenta. Vuelvo á mi posada.

—Dejadme hacer os un regalo.

Y tendió á Shakespeare un libro elegante.

—Son páginas intactas. No hay nada escrito. Escribireis en él vuestras impresiones. Algunas veces es muy útil en el viaje.

De vuelta á "La Escudilla de Madera," Shakespeare, sentado á la mesa, enfrente del tío Moorels, entre el caballero John y Eva, habló del librero.

—Es una especie de loco—declaró irrisoriamente el caballero.—Callejeando, como vos, el otro día, entré en su tugurio y me contó una porción de historias, tonterías.

—Me ha interesado muchísimo.

—A mí no. Detesto la confusión, el caos. Ideas justas, vestidas á la moda; eso es lo que me agrada.

William, á quien aburrían esas contradicciones de su compatriota, guardó silencio.

—Qué ha hecho mi tierna Eva en la mañana?—preguntó el posadero.—Comenzaba á inquietarme.

La joven parecía preocupada, y respondió distraída:

—Fuí al mercado.

Shakespeare notó, bajo aquellos ojos azules, dos ojeras.

—¿Y á quién has encontrado, mi bello ángel querido?

—Nada de interesante. Comadres, parlachinas. Contaban que una tropa de españoles que desembarcaba en Zelandia, había sido sorprendida por los nuestros en el lado de Middelboure. Todos han caído prisioneros. Si la nueva es cierta, serán traídos aquí para castigarlos.

El gozo más vivo brilló en la cara hinchada de Moorels.

—Admirable noticia! Y nos la ocultabas. Ah! Ah!

Y se frotó las gordas manecitas.

—Ya os enseñaremos, señores, á venir á oler la noble san-

gre que habéis vertido. Perros! demonios! Espero que se les infijirá tales suplicios que no se atreverán á comparecer ante su padre Satán con sus trajes de piel desgarrada.

—¿Son muchos?—preguntó el caballero John.

—Creo que sí, señor—dijo Eva con viveza.

Una luz salvaje pasó de nuevo por sus miradas azules.

—¿Caridad conmovedora!—dijo, burlón el inglés.

—¿Cómo caridad? por qué caridad?—vociferó Moorels.—

Seríamos locos, señor, si tuviéramos el menor sentimiento humano respecto de esas bestias feroces. Han saqueado nuestra Holanda; matado mujeres y niños, quemado ciudades, asesinado veinte mil hombres en Harlem y cien mil en Leyde.

—En tiempos del duque de Alba, ¿á quien el cielo aplaste—interrumpió Eva—no se podía caminar más que sobre cadáveres.

Y movía la cabeza, colérica, lo que hacía temblar sus ornamentos de oro.

—Y por qué motivo esos monstruos protenden dominarnos. Para infijirnos su fe ianoble, bestial, sanguinaria, que no queremos y no querremos nunca. La apeteosis ha sido el asesinato de nuestro jefe, de aquél por quien cada uno de nosotros hubiera sacrificado gozoso su existencia: nuestro Guillermo.

El caballero John parecía no escuchar. Golpeaba descuidadamente la mesa con su tenedor.

El posadero levantó su vaso.

—Bebe á la captura, á la importante captura.

Se limpió los labios, atrajo á sí á su hija y la besó febrilmente.

—Mi bella adorada; eres el retrato de tu madre. Elle también deseaba la venganza. De noche, en nuestro lecho, me hablaba de eso como de un fruto, como de un sueño, como de la cosa más deliciosa. Olamos los fuegos de mosquetería. Eran los españoles ó eran nuestros hermanos quienes osan! Ah, mi tierna Eva, que no le teme á la muerte!

No por cierto, padre mío. He nacido á su sombra y la amo.

La blanda fisnomía tuvo un relieve extraño.

—Hay horas en que la deseo.

—No hables así, no hables así. Qué sería de tu pobre viejo dejado tras tí, pobre barca embarrancada, pobre despojo! Si volviera la guerra, te haría huir lejos. Si, sí; en vano vuelves tu linda cabeza. Han caído tantas fieras caras de mujeres holandesas! Los malvados hallaban placer en arrancarles los ojos. Oh, tus grandes, tus nobles, tus divinos ojos! El hierro salvaje les atravesaría. Los borceguíes triturarían tus manos delicadas!

Y las cubría de besos apasionados y rápidos.

—... tus piecitos, cuyo tic-tac sobre las losas hace palpitár mi corazón. Oh cielo! abominación!, imposible!

Este ardor turbaba profundamente á Shakespeare. Una embriaguez tempestuosa subía de la destrucción. El país en donde la espada y el juego habían hecho su siniestra obra, estaba preparado admirablemente para todas las tempestades sentimentales. Por una perpetua atmósfera de alarmas, por el zumbido lejano y continuo de la muerte, el nivel de la vida se había alzado. Las fuerzas trágicas salían de ese viejo posadero, de físico grotesco, tan naturalmente, como los héroes de Plutarco. Su flexible hija parecía pronta á uno de esos transportes que hacen inmortal el débil, el obscuro nombre de las mujeres. Y como el poeta era joven, tuvo gana de esa carne rosada en que palpitaba el sacrificio. Tambió, como cada sér que le animaba un deseo violento. Pero al encontrar su mirada la de Eva, ésta la apartó con una especie de cólera; su boca fina se plegó con sonrisa despreciativa. En un relámpago había ella comprendido y rehusado el sacrificio.

Después de la comida el caballero John se llevó aparte á William.

—Mi querido compatrieta—le dije—veo que os he desagrado, y lo siento, porque me sois muy simpático. No temais nada; no intento nada contra vuestra bolsa, que supongo estará bastante mal provista, ni contra vuestra preciosa existencia. Digo *preciosa* sin ironía y porque estais dotado de un talento poco común. Venid á charlar algunos instantes á mi cuarto. Estas heras son muy calurosas en Rotterdam y propias á la conversación.

La curiosidad era lo que más dominaba al joven:

—Va á abrirse ante mí un carácter nuevo—pensaba él, siguiendo á su interlocutor.—Tratemos antes de que se cierre esta gruta, de llevarnos rápidamente los tesoros.

La habitación en donde penetraron era fría y desnuda. Había en el muro una larga espada y un par de pistolas; algunos libros en una mesita.

—Sentaos,—dijo perentoriamente el enigmático caballero John.

Tenía una cara irónica y fiera; pasó muchas veces sus largas manos en su bigote negro.

—En primer lugar—prosiguió—y á fin de entrar en relaciones de seguido: no soy inglés. No tomeis ese aire estupefacto; ya sospechábais esto, no procureis adivinar mi nacionalidad, porque no la tengo. Soy un soldado joven, de un género particular; un soldado sin bravatas ni exageraciones; iba á jurar que sin armas, y esas pistolas no sirven más que para mi defensa personal. Como tal, tengo compañeros muy ilustres, muy robustos, muy temidos, jefes á quienes venero, y numerosos enemigos. Aquí vivo entre ellos, pero ignorado, discreto, tímido, y si abriérais la puerta y gritárais lo que os narro en voz baja, el viejo Moorels vendría en seguida corriendo á extrangularme con sus propias manos.

—Sois español; lo sospechaba.

—No tan aprisa, joven, no tan aprisa. Dejad que la verdad se abra paso poco á poco, como en las comedias antiguas, puesto que os gusta mucho el teatro, y no quiteis, desde el primer acto, su placer al espectador, anunciando torpemente el desenlace. Ahora, os lo declaro, prefiero los españoles. Degüellan, queman y tajan, es sabido; pero los otros hacen lo mismo. Son fenómenos recíprocos y que corresponden al necesario salvajismo humano. Y tienen, sobre sus imitadores la ventaja de luchar por una fé: la suya, que es la verdadera.

—Cada uno cree buena su fé y se atiene á ella. Es abominable torturar en nombre de una religión de maldad y de sombra...

—Alto ahí! Lo embrollais todo. Al oír vuestras primeras

palabras en la posada, ayer, admiré vivamente vuestra inteligencia. No hay nada más delicioso en un hombre que la inteligencia. Es una iluminación del cuerpo y del alma. Pero no debéis estorbar á las fuerzas profundas del espíritu que residen todas en el dogma católico.

—Entonces los antiguos no valían nada, y todos esos poemas magníficos que, os lo declaro, pongo muy por encima....

—Esa es otra cuestión. Los antiguos tenían su táctica que era la de exaltar la belleza física, y el dogma católico tiene la suya, que es exaltar la belleza moral.

La voz del caballero era tan pronto, árida y cortante, tan pronto dulcemente persuasiva, y acompañaba su narración de cortos gestos metódicos. Su tono, en verdad, no tenía nada de burlón. De vez en cuando se detenía, buscando la palabra exacta, la forma capaz de sorprender á Shakespeare, y éste, aunque comprendía aquel juego, lo admiraba. Pero venció el sentido artístico; aquel diálogo fué para él una liza de réplicas y argumentos á la cuál asistía y de la cuál favorecía los rodeos sin el temor de dejarse convencer.

—Maldecís á los españoles—continuaba el otro con calor—y os dejáis conmover por lo patético de Moorels y de su risa. Pero los españoles y su rey quieren una cosa, la más bella; la salvación del mundo. Lo quieren con desprecio de la vida de los demás y de la suya propia, voluptuosa, encarnizadamente. La religión, decís, es toda de mansedumbre; pero distinguid tres periodos: la revelación, ó período del sacrificio; notad bien esa sangre, la más noble de todas en su origen; el triunfo, ó período de calma, el combate ó período nuevamente doloroso, de donde saldrá, infaliblemente la luz. Estamos en el período de lucha. El error de Lutero y de sus cómplices corre el riesgo de perder por segunda vez á los hombres. ¿Qué son algunas piras, al precio de las llamas eternas y universales? Oíd esas legiones de condenados que se tuercen en los dolores inconcebibles; ¿Qué reclaman? Suplicios tarrestres y transitorios que los liberten de esas torturas sin perdón. Los españoles pretenden arrancar los culpables á las garras del demonio, á pesar de ellos mismos. Lo que basean aquí á través de las ruinas y los cadáveres, no son

riquezas, especias, esclaves; son almas, ¿comprendéis? almas en donde resplandezca la fe reintegrada. Cuando hayan restablecido el dogma por todas partes, habrán cumplido la palabra y sus nombres serán benditos en los siglos de los siglos.

Shakespeare murmuró:

—Es posible que la fe escude á los españoles; pero desde el punto de vista humano, se entregan á atrocidades.

—El punto de vista humano!—suspiró el caballero John, quien levantándose, marchó á grandes pasos por el cuarto.—Para los ojos de hoy, las orejas de hoy, los dedos de hoy, las piras son cosas indignas. Pero se trata del porvenir, del inmenso porvenir....

—La matanza no mata las ideas.

—Es más sana que la persuasión, joven; la imagen de la muerte es tan necesaria á la fe como al amor.】

—Los españoles forman mártires. Perpetuarán la Reforma.

—La anonadarán. Los falsos mártires envenenan la secta. Shakespeare se echó á reír.

—Sois un hombre admirable. Por el olor, por el grito, por la carne quemada reconocéis el verdadero mártir. Este es bueno; Nerón le ha matado. Rejuvenecerá la esperanza. Aquel es malo; el duque de Alba le ha matado. Envenenará lo secta. ¿Estais bien seguro de poseer la verdad?

—Sin duda, puesto que tengo la fe—replicó gravemente el caballero John—Soy un soldado del Cristo. Debo propagar su doctrina. Ordena: *marcha* y *marcho*; *convence* y *convenzo*; *dirige el error* y lo dirijo. Pero teneis el diablo en vos. Hay que exorcisarlo.

—¿Entregándome á las llamas?

—Entregándoos á la meditación.

El caballero cogió en la mesa un librito y lo tendió á Shakespeare.—Hé aquí lo que no hallaréis en la tienda de vuestro ingenioso librero. Sin embargo, ésta es una de las más bellas obras maestras del corazón y del espíritu humano. Oíd su título: *Ejercicios espirituales, por los que el hombre es llevado á verse á sí mismo y á cambiar su vida sin dejarse determinar*

por ningún afecto desarreglado. El que ha escrito este, es mi señor y maestro. Solo á él obedezco; de él solo vengo. Si comprendéis estas páginas y sobre todo, si las aplicáis, tendréis la beatitud eterna. Están muy por encima de los españoles, los holandeses y sus miserables querellas. Valen para todos. Y están muy por encima de los vicios libelos de Lutero, Calvino, Hutten y Fischart. No injurian. Es la dulzura armada.

El acento se metamorfoseaba, haciéndose casi solemne. Shakespeare no perdía ninguna de los matices sentimentales que se pintaban sobre aquella fisonomía compleja, y les daba mentalmente nombres: "el píllo, el exaltado, el descontento, el insinuante, el intrépido," conforme adelantaba en la narración.

—Oid ahora. Para cumplir mi tarea, y obedecer á mi orden vivo odiando. Un olvido me arrojaría al osario. Desasfio gozoso ese peligro de ipariencia. Suceda lo que suceda, mi alma sería salva. Esta confianza, esta sinceridad, las he tomado en ese librito. Os regalo una cosa admirable. Aprovechar de él; os conjuro á que así lo hagáis. Me ha parecido que vuestra ardiente imaginación, visible en el fuego de vuestras miradas, hallaría ahí un alimento sagrado, y ¿quién saber algo más.

Y el caballero, con facilidad maravillosa, cambió de asunto y de maneras:

—Un consejo, antes de separarnos; no os dejéis seducir por el encanto de Eva. Huele á catástrofe. Sale de noche, sin que su padre lo sepa. Pobre viejo! Si lo sospechara! Oigo sus pasos cautelosos en el corredor, porque este cuarto está muy cerca del de ella. Y sabedlo, querido amigo, adivino el porvenir, no por taumaturgias vituperables, sino pura y simplemente por el ejercicio de las facultades de observación. A veces he juzgado en seguida. Desmonto un carácter como mi pistola cuando se llena de orín.

En cuanto Shakespeare se halló en su cuarto, escribió sobre el manuscrito del librero esta sencilla frase: "El caballero John: estucias y trajes de los fanáticos." Después abrió alazar el libro de los *Ejercicios espirituales* y cayó sobre una

meditación concierne a la muerte. A las dos páginas, bostezaba. Le aconsejaban aplicar sus sentidos de tal y tal manera, á fin de que se representase él mismo acostado, rodeado de sus parientes y amigos, sudando con las angustias de la agonía. Luego, la ceremonia fúnebre, el féretro, los gusanos y los esqueletos. Y todo terminaba por una oración al Señor y con reconocimiento de humildad perfecta. Pero esos procedimientos eran groseros, infantiles, destinados á espíritus vulgares.

—Pobres gentes—se dijo el poeta—que necesitan una gimnástica semejante. Cierto que la mayor parte de los hermanos están rodeados de más corteza que un viejo roble y no venada del magnífico torbellino en que les ha arrojado la existencia. Pero en dónde han descubierto estos santos personajes que la idea de la muerte era una santificación? Yo veo en la muerte una aconsejadora de orgías. Si marchamos hacia nuestra tumba desde los primeros pasos vacilantes de la infancia, más vale que sea abiertos los brazos, hinchado el corazón y áridos los ojos. Cualquiera que sea mi esfuerzo no creo más que en la vida. Lo que ellos llaman la fé, mi alma lo esparce hacia todas las cosas, y si se trata de entusiasmo no establezco diferencia alguna entre una flor, una estrella, una mirada, y una de esas palabras que revelan un ser. Ciertas mezclas de sentimientos, que he soñado en mis noches dichosas, me han hecho el efecto de dioses en marcha. Todo su infierno está en un grito; todo su paraíso en una sonrisa. No hay espectáculo, por breve que sea, que no tenga á su favor la eternidad. En mí se agita una obscura religión, llena de mitologías y de símbolos, de crucifijos y de milagros. Para quien escucha á la naturaleza, innumerables voces gritan sin cesar en el desierto. Lo que Dios ha perdonado á los hombres no es nada ante lo que cada hombre se perdona á sí mismo. . . .

Durante muchos días, el caballero dejó de asistir á las comidas. Llegaba tarde de noche y salía tan temprano que se hablaba de él como de un fantasma. Shakespeare comía entre Moorels y su hija. Miraba de reojo á Eva y sorprendía en sus pupilas las más extrañas variaciones de humor. Tan pronto era algo así como una esperanza ilimitada, un viaje hacia países

desconocidos y lujosos, una palpitación profunda del sér que hacía vacilar esos globitos azules salpicadas de oro. Tan pronto era algo así como una llanura enorme y helada; la contemplación de un abismo con el reflejo del abismo, una depresión súbita de la energía. A veces era una especie de expresión infinita y alocada. Sin embargo, el posadero no notaba nada de esas cosas y entregado á su pasión paternal se comía á caricias y besos á la linda niña. Como William habló de partir pronto para Amsterdam, Moerels le dió una carta de recomendación dirigida á su primo Doelen, quien, añadió: «Tiene un hotel, *El Fanal Rojo*, en donde la juventud ama beber. No os aburriréis. Allí concurren artistas, señores, y mi primo guía el baile. Aunque haya cumplido los 60, es todavía un famoso calavera. Le citan en su familia por su mala conducta y sus gastos. El diablo tiene que conservarle, porque bebe como una cisterna y no tiene enfermedades.»

Shakespeare se pasó la tarde recorriendo en todos sentidos la ciudad. Había tomado afecto á ciertos canales, ciertos aspectos: un muelle plantado de árboles y una alta casa roja tras la cual daba vueltas un molino. Con el crepúsculo, la caída de la luz hacía resaltar los colores vivos; las barcas eran de un negro hermoso sobre la superficie inmóvil del agua; los trajes tenían todo su relieve. Los ornamentos de las mujeres brillaban con brillo mate. Las voces sonaban altas y claras. Buenos burgueses marchaban pesadamente, discutiendo por grupos de política y de negocios. El sonido súbito de una campana daba á esas formas múltiples en la existencia, el aspecto de un movimiento de relojería. El mundo exterior se hacía automático y ordenado en sus menores detalles. El poeta detestaba esa apariencia. Deploraba que la libertad y la espontaneidad, que están el origen de nuestros pensamientos y nuestros actos, sean tan aprisa esclavizados por nuestra razón, que nosotros concebíamos nuestro sér como encadenado en todas sus manifestaciones físicas y morales.

—Hay un monstruo en la naturaleza: el hábito. Descolora el cielo y las plantas, hace una carraca del canto de los pájaros, de nuestros movimiento más desordenados, una serie ló-

gica y regulada por leyes. A ciertas horas, me siento en una prisión y no puedo romper las barras. Por eso, huiré las nociones. Hechos, hechos, nada más que hechos! Y las emociones que les siguen! El librero tenía razón. Que nuestra sola regla sea la ficción mágica. Ese molino gira por causa del viento, pero el viento sopla por otras causas. Y pasa lo mismo con ese *burgués* que va á buscar su carga del cual el viento es también el amo. Yo quisiera que todas esas causas se reunieran sobre una pira que las quemase. Son los peores *demoniacos*. Persiguen nuestra reflexión, haciéndolo todo vulgar y monótono.

Amenudo pasaba la noche en la posada, prestando una atención distraída á las conversaciones interminables de los bebedores. Los detalles precisos le interesaban poco. No hacía caso más que de las actitudes y los sentimientos. Era para él un placer cuando la subida de la embriaguez expulsaba de su envoltura esos pesados temperamentos del Norte, poniendo al desnudo sus ferocidades, sus candores y sus vicios, alineándoles sobre la mesa grasienta como dados ó accesorios de jugar. Algunas veces eran vueltas inesperadas. El hipócrita tenía una crisis de franqueza, el taciturno, de charla, y el dulce, de violencia. Los nombres de Farnesio, del duque de Alba, de Luis Requesens, de Lutero, de Calvino, de Erasmo, de Guillermó y de Mauricio de Orange, sonaban en esas conversaciones, articulados por lenguas pastosas, cubiertos de invectivas ó de elogios, acompañados de puñetazos formidables, de choques de espadas, de hipos.

Shakespeare llevaba cuatro días en Rotterdam, pero su vida interior desenvolvía bastantes observaciones y sueños para hacer de ese corto tiempo un año, á tal punto, que algunas veces, al acercarse la noche, consideraba las horas de la mañana como algo de infinitamente viejo y lejano. Se entregaba á este vértigo de la duración con gozo estremo, porque lo que deseaba, ante todo, era el infinito, alrededor de su pensamiento. Por severa que debiera ser la prueba, se había jurado no escribir á los suyos y el estado tumultuoso del país que pensaba recorrer hacía que no esperase noticias de ellos. Libre y sólo, tenía así las inmensas ventajas de una independencia de sensaciones abso-